

SANTA TERESA DE JESUS.

UNA EXCELENCIA DE LA HUMILDAD DE LA SANTA.

Segun la observacion del Ilmo. Sr. Yepes, podemos distinguir dos clases de humildad: una propia de los pecadores; otra patrimonio exclusivo de las almas inocentes y puras. Que se humille el hombre que á la bajeza y ruindad de su origen y miserias comunes de todos los hijos de Adan, añade el pecado propio, personal, amontonando con esto sobre la nada de su origen lo que es peor que todo, el pecado, es muy natural. Ahondando la consideracion detenidamente en lo que fuimos, en lo que somos, en lo que hemos de ir á parar, no hay entendimiento que no se humille y sienta bajísimamente de sí mismo, pues miles de motivos y razones saltan á la vista y nos predicán nuestra vileza, nuestra nada.

Se aumentan los motivos de confusion si consideramos lo que somos comparados con Dios nuestro Señor. Que una hormiga se crea algo, se juzgue grande comparándose con otros insectos mas pequeños, con los animalillos llamados infusorios, parece le asiste algun motivo de disculpa; pero que haga alarde de su grandeza comparada con el leon ó con el elefante, provoca á risa, y excita compasion cuando menos, si no desprecio. ¿Qué seria si se juzgase algo grande comparada con todo el mundo, con las estrellas mayores? Pues el hombre que compara su ser con el ser y grandeza de Dios, humillase con mayor motivo y se ve obligado á exclamar con el Profeta: ¿Qué es el hombre, Señor, delante de ti cuando todas las naciones del mundo son como nada en tu presencia? ¿Y sobre este vil gusanillo y menos que nada por sus pecados te dignas, Señor, fijar con amor tus ojos y afirmas tener en él tus delicias? ¿Quién, Dios grande, se atreveria á creerlo si tu palabra no lo atestiguara? ¡Oh dignacion inmensa de tu caridad! ¡oh muestra singularisima de tu piedad! Alámente por ello los cielos y la tierra por todos los siglos.

Mas el que sobre la nada de su origen ha fabricado virtudes y buenas obras no tiene tanto motivo para humillarse, porque ha engrandecido con su mérito personal y ha hecho olvidar la bajeza de donde salió. Y si de estos dones singulares y mercedes de Dios sa-

ca el alma mas humildad, y con la luz y bienes divinos que Dios le comunica, se mueve á engrandecer á Dios dándole toda la gloria como debe, entonces posee esta alma la humildad mas generosa, mas perfecta y de mas altos quilates que la ordinaria humildad, porque junta aquí en uno lo sumo de la grandeza de Dios con la suma bajeza de las criaturas. Esta fué la humildad rara y exquisita de la Virgen María; la que enamoró á Dios sobre todas las virtudes, y le hizo descender al seno de esta Virgen, constituyéndola sobre todo lo criado con la dignidad de Madre de Dios. Y esta fué tambien la humildad que tanto pondera san Bernardo (1) en el Verbo del Padre hecho hombre. Cristo, dice á este propósito, que como Hijo del Altísimo no podia subir ni crecer, inventó en su descenso un modo de subir que en cierta manera le hizo mas sublime. Humilló su soberanía, oprimió su grandeza hasta dar la vida sobre una cruz; y en este abatimiento fundó la exaltacion en que le puso el Padre, dándole un nombre sobre todo nombre para que en el nombre de Jesús doblasen la rodilla los cielos, la tierra y los abismos, y confesasen todos que Jesucristo, Señor nuestro, reina en la gloria del Padre soberano (2).

Es una verdad de fe que la virtud de la humildad no puede añadir creces ni elevacion al que es Omnipotente, pues superior á Dios nada existe. Mas para nosotros si que se la da, porque esta virtud nos le da á conocer mejor y nos le hace mas grande y mas amable. Antes que Dios se humillase y descendiese del solio excelso de su gloria para hacerse hombre, solo era conocido en un rincon del mundo que era la Judea (3), y propiamente hablando, segun san Crisóstomo (4), solo era conocido allá en el cielo por los Angeles; pero luego que se humilló en el madero de la cruz todos le conocieron. Ya san Juan al hablarnos de su Divinidad nos la presenta como oculta y escondida en el seno del Padre; mas cuando nos lo muestra habitando humilde con los hombres, nos lo manifiesta con gloria igual al Padre, lleno de gracia, verdad y exaltacion. De modo que su abatimiento fué un argumento que demostró su divinidad, y el que no podia añadir cosa alguna á su poder, supo elevar su grandeza, añadiéndola el culto que le damos los hombres, al verla oculta en nuestra humilde naturaleza (5).

De esta condicion fué la humildad de Teresa de Jesús, y por ello es de suma excelencia. Pues por un lado hemos visto ya como jamás cometió pecado mortal en toda la vida, y por otro despues de asegu-

(1) Ser. 2, de Ascens.

(2) Philip. II, 8.

(3) Psal. LXXV, 2.

(4) Hom. 33, de petit. filior. Zebedei.

(5) S. Ambros. in Psal. XLVIII.

rarnos Teresa de Jesús con santa ingenuidad que naturalmente aborrecia las cosas deshonestas, añade: «No era yo inclinada á murmurar, ni á decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal á nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que aunque era ruin traia temor de Dios lo mas continuo (1).» Y si á esto se auaden las riquezas espirituales, como revelaciones, milagros, éxtasis, luz de profecía y otros favores inefables que la mano del Omnipotente acumuló sobre tan santa criatura, se notará mejor lo generoso y excelente de su humildad, pues en medio de tanta abundancia de dones celestiales se supo conservar abatidísima, por la peor de todos los nacidos.

Al grande apóstol san Pablo, para conservarle humilde y preservarle del peligro de vanagloria que las revelaciones podian ocasionar, dióle el Señor el estímulo de la carne con que le azotaba el ángel de Satanás. Mas en su virginal esposa Teresa usó el Señor de otra providencia. No la humillaba con las rebeldias de aviesas pasiones; no con los estímulos de vanagloria é hipocresia y estimacion propia, gusano roedor de todas las virtudes, que se cria y alimenta con la abundancia de los divinos favores, rico con el recuerdo de los mismos bienes celestiales: las mismas revelaciones y toda la lluvia de mercedes divinas que derramó con profusion la gracia en aquella alma angelical, la aniquilaban, la abatian y sirvióronla de custodia para que no zozóbrase el mérito de su celestial humildad. Semejante á esos árboles fertiles y bien cultivados que inclinando sus ramas cargadas de frutos muestran su agradecimiento al suelo de donde reciben la savia y el sustento, y cuanto mas cargados de frutos mas doblan sus ramas llegando á tocar al suelo, así Teresa de Jesús, alma de condicion agradecidísima, cuanto más cargada se veia de bienes celestiales, mas se inclinaba y agradecia á su Dios y Señor tamañas gracias, y se unia y se acercaba á él. Como la Reina de las almas humildes, clamaba con todo su corazon: Mi alma engrandece al Señor, y se alegra y regocija, no en si misma, sino en Dios mi Salvador, porque á pesar de ser mujer flaca, ruin y miserable, mirando con amorosos ojos mi abyeccion y vileza, obró en mi cosas grandes, que serán de admiracion y pasmo á todas las generaciones, las que por ellas me llamarán bienaventurada y mujer feliz.

La luz clarísima que Dios infundia en esta alma serática, la dejaba absorta en la contemplacion de la grandeza infinita, é iluminaba su pequeñez y miseria, y descendia con mayor profundidad al conocimiento de su bajeza. Creia imposible, como muchas veces solia decir, que un alma conociese de veras á Dios y no fuese muy humilde, pues

(1) Vida, c. 32.

en ninguna cosa se descubre mejor lo que somos que puestos juntos y comparados á Dios. Así, dice el Ilmo. Sr. Yepes, tenia la seráfica virgen, no solo la humildad de los pecadores, nacida de las caidas y pecados pasados, aunque leves; sino la de los inocentes que mana de la luz y bienes divinos que Dios comunica al alma, con los cuales le infunde una divina claridad para que conozca que todo lo bueno es de Dios, y que de su parte ni son, ni pueden, ni valen nada. Y esta es humildad mas perfecta y generosa que la humildad ordinaria, que es virtud moral. En el próximo número examinaremos como la Santa tuvo el segundo grado de humildad deseando ser conocida de todos por la mujer mas ruin del mundo.

EL CORAZON DE TERESA DE JESÚS Y EL DE JESÚS DE TERESA.

En este mes que la Iglesia celebra la fiesta de la transverberacion del corazon de nuestra seráfica virgen y madre Teresa de Jesús, bueno será para la edificacion de nuestros lectores hacer notar algunas semejanzas de estos dos corazones santos. Es tal en algunos puntos, que mas bien se inclina el ánimo á juzgar eran un solo corazon.

La primera cualidad que ennoblece el corazon de Teresa de Jesús es la grandeza ó magnanimidad. Tenia un corazon tan grande la ilustre Castellana, que la Iglesia no repara en compararlo con la inmensidad del mar. Aunque mujer en el sexo, no lo era en su ánimo, que era varonil, apostólico. Al oír hablar de Reforma de una Orden, de fundacion de conventos, de conversion de pecadores, de celo por la propagacion de la fe, aumento de la Iglesia, cualquiera juzgaria se hablaba de un Santo esforzado. Mas no; que todo esto son los fines y obras de una monjuela pobre y remendada, pero que abriga en su seno un corazon gigante, un espíritu seráfico, que solo se goza en las grandes empresas. Semejante al Corazon de Jesús, la devocion favorita de Teresa era la mayor gloria de Dios: este era su alimento, su respiracion, su vida.

En el Corazon de Cristo, como Corazon de Hombre-Dios, caben todos los hombres. Allí Jesús nos mira á todos y lleva escrito el nombre de cada uno. Allí, en su seno, nos acaricia, nos regala y nos ama si somos buenos como una tierna madre lo hace con sus hijos. ¿Eres tú, hermano mio, uno de estos? Allí suspira y se compadece de los pobres pecadores, hermanos suyos; pero extraviados, enfermos. Y á es-

tos, como á otro hijo pródigo, los espera con paciencia, los llama con infinito amor, y disimula sus faltas por ver si tornarán á su amistad. Esta es la conducta digna de un Corazon de Hombre-Dios. Pues lo mismo hacia Teresa de Jesús. Imitadora perfecta de su divino modelo, toda la solicitud inmensa de su maternal corazón se la llevaban los pobrecitos pecadores. Por ellos lloraba día y noche, y se apenaba; ayunaba y maceraba su cuerpo; se cansaba y trabajaba; enfermaba para procurarles salud, se mortificaba para darles algun regalo. Todos tenían cabida en el corazón grande de Teresa, pero especialmente los que la injuriaban y éranle enemigos. A estos miraba con especial cariño, y, como Jesús, por ellos oraba de un modo especial. Para merecer mas pronto y con mayor seguridad recibir un beneficio del corazón generoso de Teresa era un medio eficaz hacerle algun agravio. Entonces cumpliendo la palabra mas sublime del Corazon de Cristo: «Haced bien á los que os odian y mal os quieren,» se esmeraba en amontonar favores sobre estos sus hermanos, para ablandar su corazón, y ganarlo para Cristo Jesús.

Mas donde se notan estas divinas semejanzas de un modo especial es en el padecer. Tiene el Corazon de Cristo Jesús, segun se apareció á su beata Margarita, espinas, llaga ó herida, llama y cruz. Estas son las insignias que decoran á este corazón, el mas hermoso que ha criado Dios en la tierra. Y todos los corazones, si desean participar de esta condicion, es menester se asemejen á él. El corazón que se presente con estas insignias será el mejor corazón, el mas amado de Dios y de los hombres. No puede dudarse que el corazón de la magnánima virgen Teresa participa de estas cualidades, copia con inimitable perfeccion estos rasgos mas característicos del Corazon de Cristo.

Trescientos años hará luego que el alma de Teresa dejó de animar su corazón, y todavía se conserva este incorrupto, como si aun respirase, y se angustiase por verse encerrado en una estrecha urna de cristal, que no pocas veces ha hecho pedazos, como significando la angustia que le causa verse aprisionado aun despues de su muerte.

¡Ay! que este corazón tan grande que con disgusto sufría esta cárcel y estos hierros en que el alma está metida, y que moría por verse libre de estas trabas de carne, quisiera hallarse ya en la region de la inmortalidad respirando en toda su pureza la atmósfera de los hijos de Dios. La persona que está acostumbrada á aspirar el aire puro y embalsamado de los montes aromáticos, con pena se sujeta á aspirar el aire infecto y grosero de los valles y malsanos lugares; porque no está, digámoslo así, en su elemento natural. Teresa de Jesús cuya vida fué un acto continuo de amor, que vivía en la embalsamada estancia de los jardines de su Esposo amado, que como él gustaba de los

bosques nemorosos, hállase mal en este bajo suelo, en esta atmósfera saturada de blasfemias, inficionada con el pecado. Su espíritu espacia-se por los campos de flor eterna vestidos, como dice fray Luis de Leon; y el corazon quisiera hallarse allí y gozar tan cabal dicha. Y por eso se apena, con violencia respira, sufre y agoniza aun despues de muerto mientras llega tan deseado dia en que espíritu y corazon saltarán de gozo á la presencia de su Dios.

¡Oh corazon nobilísimo de Teresa! ¡Cómo se conoce la sublimidad de tu corazon y la ruindad del nuestro! Nacidos en este destierro, acostumbrados á respirar el inficionado aire de este valle de miserias, casi nos hallamos bien y viviríamos siempre contentos en esta tristísima cárcel. ¡Ay dolor! Como no gustamos los purísimos aromas y no sabemos mas que de oidas las delicias que Dios tiene aparejadas para los que le temen y sirven en justicia, no los echamos de menos. Como los infelices hebreos, lloramos tan solo la privacion de los ajos y cebollas del Egipto de este mundo, y no nos lamentamos por la privacion de los suavísimos deleites del espíritu. ¡Tan pobres somos! ¿Cuándo, Santa mia, nuestro corazon semejará el tuyo aspirando tan solo por la inmortalidad?

Tiene llaga el corazon de Teresa de Jesús, y llaga ó herida causada por el amor, hecha con dardo de oro por un Serafin. Así copia el Corazon de Jesús, y ¿por qué esta llaga? A mi ver paréceme fué como un respiradero para que pudiese vivir. El corazon de Teresa, volcan de divino amor, no podia vivir encerrado en la estrecha prision de su cuerpo. El corazon de Teresa debia morir, ó no podia vivir sino muriendo. Si se mantenía cerrado en su estrecho recinto, como las llamas no pueden vivir sin respirar, debia salir fuera; mas por otra parte tocar el corazon, romper una de sus venas para que allí saliese el incendio, debia causarle segura y dolorosa muerte. Con todo, esto quiso Jesús, y para que la herida la matase sin acabarla de matar, dió el encargo á un serafin, Angel de amor, para que diestro en el arte de herir no la matase, sino que le diese sabrosa vida. Así fué: oigamos cómo nos lo cuenta la graciosa y enamorada Teresa:

«Quiso el Señor, dice, que viese aqui algunas veces esta vision, veía un Angel cabe mi hácia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque muchas veces se me representan Angeles, es sin verlos sino como la vision pasada que dije primero. En esta vision quiso el Señor le viese así, no era grande sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecia de los Angeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman Serafines, que los nombres no me los dicen, mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos Angeles á otros, y de otros á

otros, que no lo sabria decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacia dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.

«Los dias que duraba esto, andaba como embobada; no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria, que cuantas hay en todo lo criado.»

Mas de veinte años vivió por milagro Teresa respirando por esta llaga incendios de divino amor.

Tiene espinas el Corazon de Jesús. Espinas brotan del corazon de Teresa. En el siglo pasado por los años 1726 fué minuciosamente examinado el corazon de Teresa por facultativos para pedir á Roma el rezo de su transverberacion. Hablan alli y dan exactos detalles de su estado actual los médicos y cirujanos; sobre todo fijanse en su herida principal, causada, dicen, con instrumento cortante, y afirman que naturalmente era imposible vivir. Reconocen asimismo otras heridas mas pequeñas y la incorrupcion del corazon, mas no hablan se notase en ellas ninguna espina. Mas tarde, en el primer tercio de este siglo, el P. Vandermoere, encargado de escribir las actas de la Santa, monumento el mas glorioso que los hombres agradecidos han elevado á la gran Doctora, tampoco menciona que se notase ninguna de estas espinas en su tiempo, aunque despues da cuenta de los rumores esparcidos por España y toda Europa, de que salian espinas del corazon de Teresa, rumores cuya falsedad demuestra la priora que entonces existia en Alba de Tormes donde se halla el cuerpo y corazon de la Santa, en una carta dirigida á un Padre de la Compañia de Jesús, y que publica en su apreciable obra. Con todo, en nuestros dias no puede dudarse de la verdad de este hecho sobrenatural ó prodigioso, despues del exámen repetido de los doctores en medicina y cirujia de la Universidad de Salamanca, verificado en 1870 y 1872. Tenemos á la vista una copia del dictámen jurado de dichos sábios facultativos, y siempre confirman la verdad de la existencia de las espinas, declarando el hecho de sobrenatural ó prodigioso.

Espinas tiene el corazon de Teresa, salidas en el segundo tercio de este siglo, espinas que crecen y aumentan en longitud y volúmen. Si

en vida ya siempre sufrió el corazón de Teresa y estuvo cercado de dolores como el de su Jesús, ¿por qué aun después de su muerte han de brotar de nuevo espinas de él como si estuviese dotado de sensibilidad? Cuestión es esta que examinaremos en el número próximo con el favor de la Santa.— A.

LA MUJER FUERTE.

UN DESAFÍO NOTABLE.

No hay que temer andando en verdad delante de su Majestad, y con limpia conciencia.

(Santa Teresa de Jesús, *Vida*, c. 26).

¿Por qué ocultároslo, devotas teresianas, á vosotras que aspirais á ser mujeres fuertes como vuestra Patrona, la esforzada Teresa de Jesús; por qué ocultaros uno de los mas valientes desafíos que ha presenciado el mundo? Aunque vuestro ánimo blando no gusta de lances y escenas de armas y derramamiento de sangre, con todo debeis haceros superiores por algunos momentos á vuestra condicion para presenciar cómo combaten de un lado una mujer flaca, enferma y sin socorro humano, y de otro un espíritu fuerte y astuto, poderoso en recursos que le ofrecen una táctica aprendida en miles de combates habidos con varones fuertes por espacio de muchos siglos, orgulloso con sus victorias. ¿Temeis, no es verdad, presenciar tan desigual combate, porque presente vuestro corazón la segura derrota de esta pobre mujer? Con todo os prevengo que teneis motivos de esperar, pues aunque mujer, no lo es en el ánimo, que lo tiene varonil mas que de mujer. Además, quiero poneros esta lucha ante vuestros ojos para que os esforceis y cobreis ánimo, y conozcais las armas con que debeis luchar y vencer á vuestros enemigos.

Mas ¿quién será este aguerrido y poderoso enemigo? ¿Quién esta mujer que á tauto se atreve? ¿No los conocéis? Pues sabed que esta mujer fuerte es Teresa de Jesús, que sola y abrazada con la cruz sale, confiada en Dios, á luchar y vencer al enemigo del género humano, después de provocarle al combate. Es la virgen Teresa de Jesús, que desea cantar victoria de Lucifer, el cual venció á Adán, Sansón, David, Salomón y otros mil guerreros y varones santos y esforzados, que existieron en la sucesion de los siglos.

Oid y meditad el billete de desafío que firma Teresa de Jesús en el libro de su Vida, capítulo 25: «¿De qué temo? dice, ¿qué es esto? Yo deseo servir á este Señor; no pretendo otra cosa, sino contentarle; no quiero contento, ni descanso, ni otro bien, sino hacer su voluntad (que desto bien cierta estaba á mi parecer, que lo podía afirmar). Pues si este Señor es poderoso como veo que lo es, y se que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y desto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva deste Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer á mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano, y parecia verdaderamente darme Dios ánimo (que yo me vi otra en breve tiempo) que no temeria tomarme con ellos á brazos, que me parecia fácilmente con aquella cruz los venciera á todos; y así dije: Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor yo quiero ver qué me podeis hacer.»

No se puede leer este animoso desafío de la gran Santa sin recrear el alma con la representacion de aquella postura en que nos la pinta este pasaje, osada, valiente como ella misma, contra todo el infierno.

¡Y cómo rabiaria Lucifer, él que queria pasar por Dios y subir hasta su trono para derrocarlo al verse así provocado por una débil mujer, y no solo provocado, sino vencido! ¡Cómo rugiria despechado y huiria para ocultar su ignominiosa derrota á esconderse en los lóbregos antros del averno! ¡Oh esforzada Teresa! Grande eres en todo: grande con Dios, con los hombres y con los demonios! Quien te vieses con esta cruz y te oyese estas palabras ¿hubiese podido tener miedo ya jamás á los demonios? ¿A brazos con estos negrillos no temieras tomarte, tú, virgen angelical y hermosísima? ¿Con una cruz tan solo crees fácilmente alcanzar sobre todos victoria? ¿Tú sola, y ellos miles de miles que son?—Sí, dice Teresa, porque tengo por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor este ánimo que me dió contra los demonios; porque andar un alma acobardada y temerosa de nada sino de ofender á Dios, es grandísimo inconveniente. Pues tenemos Rey todopoderoso y tan gran Señor, que todo lo puede y á todos sujeta.

¿Qué decis, mujeres pusilánimes; qué siente vuestro corazon apocado y cobarde al contemplar este desafío, y al oír las animosas palabras de Teresa? ¿Por qué temeis á los enemigos de la salvacion?

¿No es verdad que si viérais y oyérais á vuestra Capitana, la valerosa Teresa, emprendiérais guerra sin tregua ni cuartel contra Lucifer, y no parárais hasta cantar de él gloriosa victoria? Pues aunque no la veais con los ojos de la carne, podeis contemplarla con los de vuestro espíritu, y oír sus ardorosas palabras, y alentaros con su ejemplo, y recrearos con esta figura angelical, mas que de mujer, que armada con una cruz desafía y vence al infierno junto.

Llámanle al demonio los santos Padres hormiga y leon, para significarnos su debilidad con los fuertes con la fortaleza de Dios, y su fortaleza con los pusilánimes y cobardes.

¡Ea, pues! buen ánimo, hijas de Teresa; no temais teniendo por guía y protectora tan ilustre Capitana. Ella os conducirá á la victoria, y aunque débiles por condicion, seréis fuertes é invencibles, avergonzando á muchos que se precian de ser espíritus fuertes.

Guerra, pues, de hoy mas á Lucifer: guerra á sus obras y pompas. Teresa de Jesús y Jesús de Teresa están con vosotras y os esforzarán en la pelea. Y si están con nosotros tan invencibles capitanes, ¿quién será contra vosotras? Nadie que no llevé las manos en la cabeza.—C.

UN APÓLOGO,

Habia en antiguos tiempos un santo varon llamado el abad Aquiles. Su fama de santidad hacia que todos le mirasen como un santo, y le consultasen como á un oráculo. Un dia acercáronse numerosos discípulos, y le dijeron: «Maestro, sabemos que enseñas la verdad y la justicia, y venimos á aprender de tus labios autorizados cuál es el modo, el medio y camino con que el enemigo comun seduce nuestras almas, para evitar el caer en su poder.» El santo Abad sin inmutarse dijoles así: «Una vez celebraron consejo todos los cedros del Libano, y exclamaron llenos de dolor: ¿No es una gran lástima que siendo tan ponderada nuestra grandeza y elevacion un pequeño hierro sea suficiente para abatirla y derribarnos, y darnos ignominiosa muerte? ¿Qué remedio, pues, habrá para evitar tamaña desgracia?—Ya sé, dijo uno, el medio de prevenir tan gran mal. Hagamos un convenio de negarle toda clase de palo para montar el hacha ó la segur, y así no podrá dañarnos ni cortar siquiera una de nuestras ramas.—Así sea, aplaudieron todos. No le demos cosa alguna.—Vivian tranquilos los cedros y con toda seguridad, ni temian las invasiones de la segur enemiga, porque perseveraban unidos en su propósito. Mas, por su desgracia, viniendo los hombres á la selva, faltaron al propósito, les concedieron leña, la que necesitaban para hacer el hastil, y de esta suerte armada la segur pudo dañarnos, y fué tal el destrozo, que todos vinieron á caer á tierra al empuje de sus golpes. Oid, pues, ahora la explicacion, añadió el santo Abad.

« Una cosa parecida sucede á nuestras almas, que son como cedros del Libano plantados junto á las corrientes del agua de la gracia: la segur es el diablo, que aunque pequeño enemigo é invisible puede causar en nosotros lamentables destrozos y darnos la muerte: el hastil ó mango es nuestra propia voluntad, que es la que le da el poder y permiso para dañarnos. Si esta se deja, pues, dominar de la concupiscencia, cede al enemigo lo que necesita para armar su segur y cortar en nosotros la vida de la gracia.

« ¡Oh hijos míos! concluía el santo Abad, resistid al diablo y huirá de vosotros. No le deis armas con ponerlos á buscar la tentacion, y no podrá dañaros. El que camina al monte y lleva la segur sin mango poco ó nada podrá cortar; mas si los árboles le ofrecen madera para formar el mango, posible le será no dejar árbol y arbusto con vida, desmontando poco á poco todos los vegetales.»

¡Qué bien dicho y aplicado este apólogo! Examina tus caídas, tus pecados todos, lector benévolo, y verás que has caído en ellos por ser temerario y dar fuerzas á tu enemigo metiéndote en la tentacion y peligro de pecar. Este enemigo, dice san Juan Crisóstomo, no tiene poder para batirnos y vencernos si nosotros no le socorremos con nuestra voluntad desordenada, y entonces, y solo entonces, juntos ellos con nosotros mismos que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán. Así lo dice la sábia Doctora española; así nos lo enseña una dolorosa experiencia. Escarmentemos, pues, y aprendamos.—C.

SECCION HISTORICA.

LA VIRTUD EN ACCION.

No hay en esta vida cosa ni mas dulce, ni mas apacible, ni mas amable que la virtud.

(San Juan Crisóstomo).

DE LAS VIVAS ANSIAS QUE UNA JOVENCITA LLAMADA DOÑA CASILDA DE PADILLA TENIA DE ABANDONAR EL MUNDO, Y DE LAS PIADOSAS INDUSTRIAS DE QUE SE VALIÓ PARA CONSEGUIR SUS SANTOS DESEOS DE ENTRAR EN RELIGION.

Porque entró allí, en *Valladolid*, una monja que dió á entender lo que es el mundo en despreciarle, de muy poca edad, me ha parecido decirlo aquí para que se confundan los que mucho le aman, y tomen

ejemplo las doncellas, á quien el Señor diere buenos deseos y inspiraciones para ponerlos por obra.

Está en este lugar una señora, que llaman D.^a María de Acuña, hermana del conde de Buendia, fué casada con el adelantado de Castilla. Muerto él, quedó con un hijo y dos hijas, y harto moza. Comenzó á hacer vida de tanta santidad, y á criar sus hijos en tanta virtud, que mereció que el Señor los quisiese para sí. No dije bien, que tres hijas la quedaron: la una fué luego monja: otra no se quiso casar, sino hacia vida con su madre de gran edificación. El hijo de poca edad comenzó á entender lo que era el mundo, y á llamarle Dios para entrar en religion, de tal suerte, que no bastó nadie á estorbárselo, aunque su madre holgaba tanto dello, que con Nuestro Señor le debia de ayudar mucho, aunque no lo mostraba por los deudos. En fin, cuando el Señor quiere para sí un alma, tienen poca fuerza las criaturas para estorbarlo. Ansi acaeció aquí, que con detenerle tres años con hartas persuaciones, se entró en la Compañía de Jesús. Díjome un confesor desta señora que le habia dicho, que en su vida habia llegado gozo á su corazon, como el día que hizo profesion su hijo. ¡Oh Señor! ¡Qué gran merced haceis á los que dais tales padres, que aman tan verdaderamente á sus hijos, que sus estados, mayorazgos y riquezas quieren que los tengan en aquella bienaventuranza que no ha de tener fin! Cosa es de gran lástima, que está el mundo ya con tanta desventura y ceguedad, que les parece á los padres que está su honra en que no se acabe la memoria de este estiércol de los bienes deste mundo, y que no la haya, de que tarde ó temprano se ha de acabar, y todo lo que tiene fin, aunque dure, se acaba, y hay que hacer poco caso dello, y que á costa de los pobres hijos quieren sustentar sus vanidades, y quitar á Dios con mucho atrevimiento las almas que quiere para sí, y á ellas un tan gran bien, que aunque no hubiera el que ha de durar para siempre, que les convida Dios con él, es grandisimo verse libre de los cansancios y leyes del mundo, y mayores para los que mas tienen. Abridles, Dios mio, los ojos, dadles á entender qué es el amor que están obligados á tener á sus hijos, para que no les hagan tanto mal, y no se quejen delante de Dios en aquel juicio final dellos, á donde (aunque no quieran) entenderán el valor de cada cosa. Pues como, por la misericordia de Dios, sacó á este caballero hijo desta señora doña María de Acuña (él se llama D. Antonio de Padilla) de edad de diez y siete años del mundo, poco mas ó menos, quedaron los estados en la hija mayor, llamada D.^a Luisa de Padilla: porque el conde Buendia no tuvo hijos, y heredaba D. Antonio este condado, y el ser adelantado de Castilla. Porque no hace á mi propósito, no digo lo mucho que padeció con sus deudos, hasta salir con su empresa, bien se entenderá

á quien entendiere lo que precian los del mundo que haya sucesor de sus casas. ¡Oh Hijo del Padre eterno Jesucristo Señor nuestro, Rey verdadero de todo! ¡Qué dejastes en el mundo, que pudimos heredar de Vos vuestros descendientes! ¿Qué poseistes, Señor mio, sino trabajos, y dolores, y deshonras, y aun no tuvistes sino un madero en que pasar el trabajoso trago de la muerte? En fin, Dios mio, que los que quisiéremos ser vuestros hijos verdaderos, y no renunciar la herencia, no nos conviene huir del padecer. Vuestras armas son cinco llagas: ea, pues, hijas mías, esta ha de ser nuestra divisa, si hemos de heredar su reino, no con descansos, no con regalos, no con honras, no con riquezas se ha de ganar lo que él compró con tanta sangre. ¡Oh gente ilustre! Abrid por amor de Dios los ojos, mirad que los verdaderos caballeros de Jesucristo, y los príncipes de su Iglesia, un san Pedro y san Pablo no llevaban el camino que llevais. ¿Pensais por ventura que ha de haber nuevo camino para vosotros? No lo creais. Mirad que comienza el Señor á mostrárosle por personas de tan poca edad, como de los que ahora hablamos. Algunas veces he visto y hablado á este D. Antonio, quisiera tener mucho mas para dejarlo todo. Bienaventurado mancebo, y bienaventurada doncellá, que ha merecido tanto con Dios, que en la edad que el mundo suele señorear á sus moradores, le repisasen ellos. Bendito sea él que los hizo tanto bien.

Pues como quedasen los estados en la hermana mayor, hizo el caso dellos, que su hermano; porque desde niña se habia dado tanto á la oracion (que es á donde el Señor da luz, para entender las verdades) que lo estimó tan poco como su hermano. ¡Oh válamè Dios, á qué de trabajos y tormentos, y pleitos y aun á aventurar las vidas y las honras se pusieran muchos por heredar esta herencia! No pasaron pocos en que se la consintiesen dejar. Ansi es este mundo, que él nos da bien á entender sus desvarios, si no estuviésemos ciegos. Muy de buena gana, porque ya dejasen libre desta herencia, la renunció en su hermana, que ya no habia otra, que era de edad de diez ú once años. Luego, porque no se perdiese la negra memoria, ordenaron los deudos de casar esta niña con un tio suyo, hermano de su padre, y trajeron del Sumo Pontífice dispensaciones, y desposáronlos.

No quiso el Señor que hija de tal madre, y hermana de tales hermanas quedase mas engañada que ellos, y así sucedió lo que ahora diré. Comenzando la niña á gozar de los trajes y atavios del mundo (que conforme á la persona serian para aficionar en tan poca edad como ella tenia), aun no habia dos meses que era desposada, cuando comenzó el Señor á darle luz, aunque ella entonces no lo entendia. Cuando habia estado el dia con mucho contento con su esposo (que le queria con mas extremo que pedia su edad) dábale una tristeza muy

grande, viendo como se habia acabado aquel dia, y que así se habian de acabar todos. ¡Oh grandeza de Dios! Que del mesmo contento que la daban los contentos de las cosas perecederas, le vino á aborrecer. Comenzóle á dar una tristeza tan grande, que no la podia encubrir á su esposo, ni ella sabia de qué, ni qué le decir, aunque él se lo preguntaba. En este tiempo ofreciósele un camino, á donde no pudo dejar de ir léjos del lugar, y ella lo sintió mucho, como le queria tanto. Mas luego le descubrió el Señor la causa de su pena, que era inclinarse su alma á lo que no se ha de acabar, y comenzó á considerar, como sus hermanos habian tomado lo mas seguro, y dejándola á ella en los peligros del mundo. Por una parte esto, por otra parecerle que no tenia remedio, porque no habia venido á su noticia, que siendo desposada podia ser monja, hasta que lo preguntó, traíala fatigada, y sobre todo el amor que tenia á su esposo no la dejaba determinar, y así pasaba con harta pena. Como el Señor la queria para sí, fuéla quitando este amor, y creciendo el deseo de dejarlo todo. En este tiempo solo movia el deseo de salvarse, y de buscar los mejores medios que la parecia, que metida mas en las cosas del mundo, se olvidaria de procurar lo que es eterno, que esta sabiduría le infundió Dios en tan poca edad de buscar como ganar lo que no se acaba. ¡Dichosa alma, que tan presto salió de la ceguedad en que acaban muchos viejos! Como se vió libre la voluntad, determinóse del todo emplearla en Dios (que hasta esto habia callado) y comenzó á tratarlo con su hermana. Ella, pareciéndole niñería, la desviaba dello, y le decia algunas cosas para esto, que bien se podia salvar siendo casada. Ella le respondió, ¿que por qué lo habia dejado ella? Y pasaron algunos dias, que siempre iba creciendo su deseo, aunque á su madre no osaba decir nada, y por ventura era ella la que la daba la guerra con sus santas oraciones.

En este tiempo ofrecióse dar un hábito á una freila (era la hermana Estefanía de los Apóstoles) en este monasterio de la Concepcion, cuyo llamamiento podrá ser que diga, porque aunque diferentes en calidad (porque es una labradorcita) en las mercedes grandes que la ha hecho Dios, la tiene de manera, que merece, para ser su Majestad alabado, que se haga della memoria. Y yendo D.^a Casilda (que así se llamaba esta amada del Señor) con una abuela suya á este hábito, que era madre de su esposo, aficionóse en extremo á este monasterio, pareciéndole que por ser pocas y pobres podrian servir mejor al Señor, aunque todavía no estaba determinada á dejar á su esposo, que como he dicho, era lo que mas la detenia. Consideraba, que solia antes que se desposase tener ratos de oracion, porque la bondad y santidad de su madre las tenia, y á sus hijos criados en esto, que desde siete años

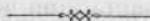
los hacia entrar á tiempos en un oratorio, y los enseñaba cómo habian de considerar en la pasion del Señor, y los hacia confesar á menudo, y así ha visto tan buen suceso de sus deseos, que eran quererlos para Dios, y así me ha dicho ella, que siempre se los ofrecia y suplicaba los sacase del mundo, porque ya ella estaba desengañada de en lo poco que se ha de estimar. Considero yo algunas veces, cuando ellos se vean gozar de los gozos eternos, y que su madre fué el medio, las gracias que la darán, y el gozo accidental que ella terná de verlos, y cuán al contrario será los que por no los criar sus padres como á hijos de Dios (que lo son mas que no suyos) se vean los unos y los otros en el infierno, las maldiciones que se echarán, y las desesperaciones que ternán.

Pues tornando á lo que decia, como ella viese, que aun rezar ya el rosario hacia de mala gana, hubo gran temor que siempre seria peor, y parecíale que claro veia, que viniendo á esta casa, tenia asegurada su salvacion: así se determinó del todo, y viniendo una mañana su hermana, y ella con su madre acá, ofreciose que entraron en el monasterio dentro, bien sin cuidado que ella haria lo que hizo. Como se vió dentro, no bastaba nadie á echarla de casa. Sus lágrimas eran tantas porque la dejasen, y las palabras que decia, que á todas tenia espantadas. Su madre, aunque en el interior se alegraba, temia los deudos, y no quisiera se quedara así, porque no dijesen habia sido persuadida della, y la priora tambien estaba en lo mesmo, que le parecia era niña, y que era menester mas prueba. Esto era por la mañana, hubiéronse de quedar hasta la tarde, y enviaron á llamar á su confesor, y al Padre maestro Fr. Domingo, que lo era mio, de quien hice al principio mencion, aunque yo no estaba entonces aqui. Este Padre entendió luego, que era espiritu del Señor, y la ayudó mucho, pasando harto con sus deudos (así habian de hacer todos los que le pretenden servir, cuando ven una alma llamada de Dios, no mirar tanto las prudencias humanas), prometiéndola de ayudarla, para que tornase otro dia. Con hartas persuasiones, porque no echasen la culpa á su madre, se fué esta vez, ella iba siempre mas adelante en sus deseos. Comenzó secretamente su madre á dar parte á sus deudos, porque no lo supiese el esposo, se traia este secreto. Decian que era niñería, y que esperase hasta tener edad, que no tenia cumplidos doce años. Ella decia, que como la hallaron con edad para casarla, y de dejarla al mundo, ¿cómo no se la hallaban para darse á Dios? Decia cosas que se parecia bien no era ella la que hablaba en esto. No pudo ser tan secreto, que no se ávisase á su esposo; como ella lo supo, parecíole no se sufría aguardarle; y un dia de la Concepcion, estando en casa de su abuela, que tambien era su suegra, que no sabia nada desto, rogóla

mucho que la dejase ir al campo con su aya á holgar un poco; ella lo hizo por hacerla placer en un carro con sus criados. Ella dió á uno dinero, y rogóle la esperase á la puerta deste monasterio con unos manojos ó sarmientos, y ella hizo rodear de manera, que la trajeron por esta casa. Como llegó á la puerta, dijo que pidiesen al torno un jarro de agua, que no dijese para quién, y apeóse muy apriesa: dijeron que allí se la darian, ella no quiso. Ya los manojos estaban allí: dijo que dijese viniesen á la puerta á tomar aquellos manojos, y ella juntóse allí, y en abriendo entróse dentro, y fué á abrazar con Nuestra Señora, llorando y rogando á la priora no la echase. Las voces de los criados eran grandes y los golpes que daban á la puerta: ella los fué á hablar á la red, y les dijo que por ninguna manera saldria, que lo fuesen á decir á su madre: las mujeres que iban con ella hacian grandes lástimas, á ella se la daba poco de todo. Como dieron la nueva á su abuela, quiso ir luego allá. En fin, ni ella, ni su tio, ni su esposo, que venido procuró mucho de hablarla por la red, hacian mas de darle tormento cuando estaban con ella, y despues quedar con mayor firmeza. Deciala el esposo despues de muchas lástimas, que podria mas servir á Dios haciendo limosnas; y ella respondia que las hiciese él, y á las demás cosas le decia, que mas obligada estaba á su salvacion, y que veia que era flaca, y que en las ocasiones del mundo no se salvaria, y que no tenia que se quejar della, pues no le habia dejado sino por Dios, que en eso no le hacia agravio. De que vió que no se satisfacía con nada, levantóse y dejóle. Ninguna impresion le hizo, antes del todo quedó disgustada con él; porque á el alma á quien Dios da luz de la verdad, las tentaciones y estorbos que pone el demonio la ayudan mas, porque es su Majestad el que pelea por ella, y así se veia claro aquí, que no parecia ella era la que hablaba. Como su esposo y deudos vieron lo poco que aprovechaba quererla sacar de grado, procuraron fuese por fuerza; y así trajeron una provision real para sacarla fuera del monasterio, y que la pusiesen en libertad. En todo este tiempo, que fué desde la Concepcion hasta el dia de los Inocentes, que la sacaron, se estuvo sin darle el hábito en el monasterio, haciendo todas las cosas de la religion, como si le tuviera, y con grandísimo contento. Este dia la llevaron en casa de un caballero, viniendo la justicia por ella. Lleváronla con hartas lágrimas, diciendo, ¿que para qué la atormentaban, pues no les habia de aprovechar nada? Aquí fué harto persuadida, así de religiosos, como de otras personas; porque á unos les parecia que era niñeria; otros deseaban gozase su estado. Seria alargarme mucho, si dijese las disputas que tuvo, y de la manera que se libraba de todas. Dejábalos espantados de las cosas que decia. Ya que vieron no aprovechaba, pusiéronla en casa de su madre

para detenerla algun tiempo, la cual estaba ya cansada de ver tanto desasosiego, y no la ayudaba en nada, antes á lo que parecia, era contra ella. Podrá ser que fuese para probarla mas; al menos así me lo ha dicho despues, que es tan santa, que no se ha de creer sino lo que dice. Mas la niña no lo entendia: y tambien un confesor que la confesaba le era en extremo contrario, de manera, que no tenia sino á Dios, y á una doncella de su madre, que era con quien descansaba. Así pasó con harto trabajo y fatiga hasta cumplir los doce años, que entendió que se trataba de llevarla á ser monja al monasterio que estaba su hermana, ya que no la podian quitar de que lo fuese, por no haber en él tanta aspereza. Ella, como entendió esto, determinó de procurar por cualquier medio que pudiese llevar adelante su propósito: y así un dia yendo á misa con su madre, estando en la iglesia, entróse su madre á confesar en un confesonario, y ella rogó á su aya, que fuese á uno de los Padres á pedir que la dijese una misa, y en viéndola ida, metió sus chapines en la manga, y alzó la saya, y vase con la mayor priesa que pudo á este monasterio, que era harto léjos. Su aya, como no la halló, fué tras ella, y ya que llegaba cerca, rogó á un hombre que se la tuviese, él dijo despues que no habia podido menearse, y así la dejó. Ella como entró á la puerta del monasterio primera, y cerró la puerta y comenzó á llamar, cuando llegó la aya, ya estaba dentro en el monasterio, y diéronle luego el hábito, y así dió fin á tan buenos principios como el Señor habia puesto en ella. Su Majestad la comenzó luego bien en breve á pagar con mercedes espirituales, y ella á servirle con grandísimo contento, y grandísima humildad y desasimiento de todo. Sea bendito por siempre, que así da gusto con los vestidos pobres de sayal á la que tan aficionada estaba á los muy curiosos y ricos, aunque no eran parte para encubrir su hermosura, que estas gracias naturales repartió el Señor con ella, como las espirituales de condicion y entendimiento tan agradable, que á todas es despertador para alabar á su Majestad. Plegue á él haya muchas que así respondan á su llamamiento.

LA LIRA DE TERESA.



Yo quisiera cantarte, amada mia,
Cantos ricos de amor y de pureza,
Yo quisiera que al menos este dia
Sonase mi cantar sin aspereza,
Y en suavísimas ondas de armonia
Subiendo de tu trono hasta la alteza,
Una dulce sonrisa de tu boca
Arrancase al mecer tu blanca toca.

Tú que sabes amar como no sabe
El mundo corruptor y corrompido,
Y del místico amor la pena suave
Y dichosos martirios has sufrido;
Tú que la rica y misteriosa llave
De amorosos arcanos has tenido,
Tú sabrás que el amor á mí me inspira
Y eres tú la adorada de mi lira.

Las Eloisas y Cleopatras amantes,
Las Safos y Corinas inspiradas
No saben qué es amar,— ¡pobres bacantes!—
Ni saben qué es cantar,— ¡almas gastadas!—
Mas que aquellas tú sientes devorantes
Llamas de amor, limpísimas, sagradas,
Y las otras te envidian la arpa de oro
Que tu genio robó al celeste coro.

Las llamas de un amor que mancha el labio
Cantan aquellas, sin rubor la frente,
Y á su sexo y virtud haciendo agravio
Muestran del alma asolador torrente.
Con estudiada voz y giro sábio
Himnos levanta la pasión demente,
Mas sus cantares que inspiró el despecho
Turban el alma desgarrando el pecho.

Pero canta Teresa... y las ternuras
De un amor celestial dice su canto...
Venid, venid vosotras, almas puras,
Las que el candor protege con su manto :
Venid y sentiréis cuántas dulzuras
Y deleites sin fin y goce santo,
Escondidos están en el dichoso
Y arrobador retrete del Esposo.

Liviano amor, pasiones mundanales
Inspiraron los cánticos de aquellas;
¿Qué extraño que sus túrbidos raudales
No reflejasen sol, ni luz, ni estrellas,
Y en lugar de esplendores celestiales,
Celajes de carmin y nubes bellas,
Solo larvas hediondas de negrura
Pudiese retratar el agua impura?

Mas ¿quereis elevaros de este suelo
Y aspirar otra luz y otros ambientes,
Y animosos tender subido vuelo
Por dichosas regiones esplendentes,
Y del almo confin con vivo anhelo
Del amor y la dicha ver las fuentes?
—Pues leed y gozad la dicha aquesa
En los altos poemas de Teresa.

Misterios de un amor que llena el alma
Con divinos placeres nunca oídos,
Deleitosa fruición de suave calma
Que enajena y embarga los sentidos ;
Á la sombra feliz de eterna palma
En brazos del Amor ser adormidos,
¡ Con qué vivo fulgor y ardiente tinta
En sus libros Teresa nos lo pinta!

Allí veréis, en suelta mariposa
El alma convertida por su suerte,
Extender con donaire el ala hermosa
Después de darse á sí felice muerte.

¡Qué ligera, y gentil, y bulliciosa
Al hender nuevos mundos se divierte!
¿Mas qué tiene que el pecho la acongoja
Y gemidos tiernísimos arroja?

¡Ah, que ha visto, de soles coronada,
La beldad de los cielos infinita,
Y aun la tierra se ofrece á su mirada,
Y del mundo en los ámbitos se agita!
Con ímpetu de amor, de amor llagada
Á su centro feliz se precipita,
Mas apagar no puede su ansia ardiente,
Y, ya sin fuerzas, desmayarse siente.

¡Parasismo de amor! ¡Querido fuego,
Que saltó de la hoguera misteriosa,
Y en el centro del alma prendió luego,
Y ancha llaga formó dulce y sabrosa!
Á dolor tan agudo siente apego
Sin quererla curar por lo gustosa,
Que crece su deleite y su dulzura
Á medida que crece su abertura.

Un alto serafin Teresa mira
De hermosísimo rostro resplendente,
Que le atraviesa el pecho, amante pira,
Con un dardo de fuego incandescente.
Mas ¡dolor! que del dardo el ángel tira
Y arranca las entrañas juntamente,
Y cruzando de amor hondos abismos
Sufré y goza mortales parasismos.

Gloriosísimas sombras, claras lumbres,
Altos vuelos de un alma incomparable,
Águila caudal que altivas cumbres
Desafia con alas indomables,
Un corazón que nada en dulcedumbres
Y en olas de deleites inefables...
De su lira al compás dulce y sonoro
Teresa lo cantó con boca de oro.

.

Alturas bienhadadas del *Carmelo*
De aguas corrientes y apiñadas flores,
¡Quién pudiera subir en raudo vuelo
Hacia vuestras esferas superiores!
Moradas misteriosas, nuevo cielo,
Vida hermosa, region de los amores,
¡Quién pudiera alcanzar tamaña empresa
De gozarlas cual tú, noble Teresa!

J. A.

Batea 8 de agosto de 1873.

Milagro obrado por intercesion de santa Teresa de Jesús.

En 1856 la Hermana María Teresa de Jesús, religiosa de Obediencia en el convento de Carmelitas de Alcalá, padecía desde mas de siete años unos gravísimos accidentes causados de opilaciones, que luego declararon los médicos por incurables á causa de no ser conocidos en España y ser propios de las regiones nebulosas; no viéndose en esta un caso semejante, en algunos siglos. Eran tan extraños, que la duraban tres, cuatro, ó cinco dias sin volver de ellos; y vez hubo, que no volvió en ocho dias; sin recibir mas alimento en este tiempo, que la sustancia ó agua que con un pistero se la podia echar para que se filtrase por entre los dientes que tenia fuertemente encajados; y aun esto nos previno la misma enferma no se lo diésemos, porque algunas veces no tenia accion para tragar, y se la corrompia en la boca, ó estaba expuesta á ahogarse. Mientras la duraba el accidente, no daba mas señal de vida que el pulso; pero ni un solo dedo podia mover, teniendo su cuerpo la pesadez de un cadáver. En este estado tan penoso que traspasara el corazon de las Religiosas, llegó por tres ó cuatro veces á punto de muerte, y se le administró el Sacramento de la santa Uncion y recomendó el alma percibiéndolo ella todo; porque ni el oido ni la parte intelectual lo perdía. A pesar de haber declarado los médicos el mal por incurable desde un principio. se tuvieron muchas consultas y se agotaron todos los recursos de la medicina, pero sin fruto alguno. El día 20 de julio del mismo año 56, la dió el último accidente, y por sí mismos se la quitaron retirándose la enfermedad al corazon y á la garganta, inflamándose uno y otra de modo, que no tragaba mas que liquidos con mucha dificultad, y al corazon no la podia

llegar cosa alguna, ni aun sus propias manos; con un quejido tan doloroso y triste particularmente de noche, que no habia corazon para escucharlo. En este estado de postracion y angustia, dispuso el médico se la diese el santo Viático cada ocho dias dando el negocio por rematado, y nos previno que el momento menos pensado se quedaria muerta. Permaneció así hasta el 22 de octubre, que era el señalado por Dios para que admirásemos lo grande de su poder en sí mismo y en sus Santos.

Despues de dar á adorar á los fieles la reliquia de nuestra santa Madre, como se acostumbra todos los años el último dia de la novena que se celebra en nuestra iglesia, subió con ella la Hermana sacristana (sin duda por especial impulso) á la celda de la enferma, para que se encomendase á la Santa con mucha fe y la pidiese la salud; así lo hizo, y la suplicó que si la convenia y no era contra la voluntad de Dios, se la alcanzase de su Majestad para servirle con ella, y perseveró en su peticion algun rato. Dice la Religiosa que se sintió interiormente movida á sentarse en la cama y volverse al otro lado (que hasta entonces no habia podido hacerlo), y se halló ligera y sin los impedimentos que antes tenia en la garganta y corazon, desconociéndose á sí misma. Entró la Prelada á verla despues de Maitines con otras religiosas, y quedaron pasmadas viéndola sentada en la cama con unos ojos muy alegres (que antes los tenia moribundos); y con el placer que se deja entender la dijo: «Madre, gracias á Dios ya estoy buena, que nuestra santa Madre me ha sanado; que me traigan algo de comer que tengo mucha hambre.—Y ¿qué comeria? la preguntó la Prelada.—Aunque sea un pedazo de pescado (contestó ella), porque nada tengo en la garganta.» Empezamos entonces á hacer experiencias, y vimos no se resentia ni de golpes que se la daban al corazon ni de cosa alguna; por lo que nos certificamos del milagro, y con lágrimas de gratitud dimos gracias á Dios. Al siguiente dia vino el médico á visitarla como era costumbre; y al verla tan despejada y alegre sin ningun sintoma de ninguna clase, regularizado el pulso y que tragaba todo lo que la dábamos á comer, exclamó: «¡No es esta obra de los hombres sino de Dios! Escribase para gloria suya y de la santa Madre, que yo puedo jurar ser verdad.» Una cosa realza sobre manera este milagro, y es que habiendo sido causa de la enfermedad la opilacion, esta jamás dejó de existir en la Religiosa aunque desaparecieron todos los males sin dejar rastro alguno, ni de ella ha tenido la menor resulta. Todo sea para gloria de Dios, y de la que tan poderosa es para con Él, la gran Teresa de Jesús.

MARÍA PILAR *del sagrado Corazon de Jesús, priora.*

REVISTA EXTRANJERA.

ROMA. El día 17 de julio, despues de admitir en su augusta presencia á muchas personas distinguidas, entre las cuales se contaban varios religiosos y seglares de Manila, el Santo Padre recibió en la sala del Consistorio á los presidentes de las Asociaciones católicas de Roma que forman la federacion llamada *Piana*, del nombre de Pio IX, que es su primer protector.

El caballero Mencacci leyó en nombre de sus colegas y de toda la Federacion un enérgico mensaje, al cual Pio IX contestó con la siguiente bellisima improvisacion:

«Es cierto, sí, que el infierno se ha desencadenado contra nosotros; no obstante, venceré. *Io vincero.*

«Y venceré, no por virtud propia, sino por la virtud de Dios, por la mediacion de la santisima Virgen, y por vosotros mismos, que habeis sido, sois y seréis mi alegría y mi corona. *Gaudium meum, et corona mea*, en expresion del Apóstol.

«Combatamos, pues, sin temor al poder de los enemigos. Sus armas no podrán resistir mucho tiempo, porque [defienden la mentira y la iniquidad, mientras nosotros defendemos la verdad y la justicia.

«Dios no se rinde todavía á nuestras súplicas; cierto. Pero recordad que si fué pronto en oír al Centurion, no escuchó en seguida los ruegos de la mujer que deseaba la curacion de su hija.

«Y aunque Jesucristo le dijo que no debia darse á los perros el pan de los niños, aquella mujer humilde y constante repuso: «Pero los «perros, Señor, recogen las migajas que caen de la mesa de sus due- «ños.» Y Jesús, como sobrecogido por un sentimiento de admiracion, acogió estas palabras llenas de fe, é inspiradas por el Espíritu de Dios que impulsaba á aquella mujer; y así como habia dicho al Centurion: *Non inveni tantam fidem in Israel*, dijo ahora á la mujer: *O mulier, magna est fides tua*; y escuchó su clamor.

«Confiemos tambien nosotros, y no se debilite nuestra fe. Esta fe se halla admirablemente simbolizada por el pez que permanece tranquilo en medio de las olas embravecidas, y no pueden abatirla las contrariedades y persecuciones.

«Llenos de fe, esperemos, oremos y pidamos sin cesar á Dios la paz; vuestra paz y la mia; la paz de tantos millones de almas esparcidas en el mundo; pidamos la paz de la Iglesia y de la sociedad juntamente con el triunfo de la verdad y de la justicia.

«Dios confirme vuestras palabras y vuestros sentimientos. Por mi

parte, os doy con toda la efusion de mi corazon la bendicion apostólica.

« *Benedictio Dei*, etc. »

— Deseando últimamente una señora romana conocer la voluntad de Pio IX acerca la devocion del sagrado Corazon de Jesús, le presentó un escapulario con esta imágen; y Su Santidad, conmovido á la vista de aquel signo de salvacion, exclamó:

— Señora, es un pensamiento del cielo... Sí, viene del cielo.

Despues el Papa se dignó concederle su bendicion, y añadió:

— Quiero que todos los escapularios que se hagan por este modelo participen de esta bendicion, y que las asechanzas del demonio no alcancen á los que lo lleven sobre su pecho.

Elevando luego los ojos al cielo, Su Santidad oró en los siguientes términos:

— Abridme vuestro sagrado Corazon ¡oh Jesús! Mostradme sus encantos, unidme á él para siempre. Que todas las palpitations de mi Corazon, aun durante mi sueño, os revelen mi amor y os digan sin cesar: Sí, Señor, yo os amo... Recibid el escaso bien que ejecuto... Hacedme la gracia de reparar el mal que he hecho para que os alabe en el tiempo y os bendiga por toda la eternidad. Amen.

— Se ha publicado en Roma el decreto de beatificacion y canonizacion de sor Teresa de San Agustin, religiosa profesa de la Orden de Carmelitas Descalzas. Sor Teresa de San Agustin se llamaba en el mundo Luisa María de Borbon. Era hija de Luis XV, y murió en su monasterio dos años antes de la revolucion, habiéndose sacrificado á Dios por la salud de esa Francia, que debia presenciar cuanto antes otro sacrificio, el de su real sobrino, Luis XVI.

— Los católicos de Italia han concebido el proyecto de celebrar un congreso general para la defensa de los derechos del Catolicismo; y al efecto reunida, en la iglesia de San Roque en Venecia, una asamblea de centenares de personas bajo la presidencia del eminentísimo señor cardenal Trevisanato, se han tomado los acuerdos siguientes:

1.º El Consejo superior de la *Juventud católica*, residente en Boloña, se constituye en centro promotor, bajo la presidencia honoraria del eminentísimo señor Patriarca, cuyo fin es procurar, en el plazo mas breve posible, pero que no excederá de dos años, la convocatoria del primer congreso de católicos italianos en una de sus principales ciudades.

2.º El Consejo superior aprovechará la reunion que ha de celebrarse en Venecia el 2 de octubre para conmemorar el aniversario de la batalla de Lepanto, ocurrida el 7 de octubre de 1571, para invitar

à las asociaciones que allí estén representadas, y à todos los católicos italianos, para que le ayuden en su empresa con su accion y sus consejos.

FRANCIA. La Asamblea de los diputados ha votado por una gran mayoría un proyecto de ley que declara de utilidad pública la iglesia que el señor Arzobispo de París va á construir en las alturas de Montmartre. Este templo, que será magnifico, se construirá por medio de una suscripcion nacional que ha abierto el señor Arzobispo, y que cuenta ya con 5.000,000 de reales. Tendrá el carácter de expiatorio, y se dedicará al sagrado Corazon de Jesús.

Al discutirse el proyecto de ley, aceptado por el Gobierno de MacMahon, un diputado internacionalista, Mr. Tolain, empezó á blasfemar contra la devocion al sagrado Corazon de Jesús. Con este motivo la Asamblea en su gran mayoría se levantó á protestar; y al rechazar de un modo muy enérgico las blasfemias del orador ateo, hizo un magnifico y brillantísimo acto de fe que no podrá menos de traer las bendiciones de Dios sobre la Francia entera.

El templo del Sagrado Corazon tendrá sus tradiciones. El 15 de mayo de 1534 un militar español, acompañado de cinco estudiantes, subian la colina de Montmartre, jurando en su cima consagrarse enteramente á la defensa del Pontificado. Aquel militar fué despues san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

—Las monjas Carmelitas de Francia, Bélgica é Inglaterra hacen fervorosas Novenas en favor de sus hermanas de España, á algunas de las cuales la demagogia triunfante ha arrojado de sus asilos. Sirva esto de satisfaccion y consuelo á las atribuladas Carmelitas españolas.

—Multiplicanse como por encanto las peregrinaciones á los santuarios mas venerandos de María santísima.

—Los periódicos católicos de París han publicado la magnifica protesta de la fe que mas de cien diputados franceses han dirigido al Sumo Pontifice Pio IX, manifestándole que no tienen reparo alguno en confesar á Cristo delante de los hombres.

¡Dichosa Francia si todos sus diputados y todas sus autoridades siquiesen este tan noble como glorioso ejemplo! de todos modos es gran fortuna para Francia el ser en la actualidad la única nacion del mundo en la cual hay cien diputados que no temen confesar públicamente su fe, y un Gobierno que, lejos de perseguir á la Iglesia, no deja de hacer alguna cosa para disminuir las terribles amarguras que despedazan el corazon del Vicario de Jesucristo.

INGLATERRA. Con motivo de la fiesta de Santo Tomás Beckett, el mártir del cesarismo de la Edad Media, se ha dirigido á Canterbury

una multitud de peregrinos de ambos sexos para honrar la memoria de aquel glorioso arzobispo. El R. P. Christie, antiguo catedrático de la Universidad de Oxford y al presente superior de la Compañía de Jesús en Lóndres, ha sido el jefe de la peregrinacion, y al mismo tiempo que ha edificado á los fieles con sus ejemplos de piedad y con la elocuencia de su palabra, les ha hecho comprender tambien las bellezas artísticas de la catedral y de otros monumentos religiosos, demostrando asi prácticamente y sin pretenderlo el distinguido arqueólogo que allí donde se encuentran los Jesuitas la religion y la ciencia están de completa enhorabuena.

AFRICA.—El señor Arzobispo de Argel ha ido acogiendo á gran número de huérfanos árabes, y últimamente ha fundado un seminario para estos niños destinados á traer la fe en medio de las poblaciones de las que han salido. Hé ahí una conmovedora carta que estos huérfanos escriben á sus colegas los alumnos de los seminarios de Francia, para suplicarles que acudan en su auxilio:

«Hermanos nuestros en Jesucristo.

«No os conocemos, ni vosotros nos conocéis tampoco; pero no es menester que os conozcamos para que os amemos tiernamente, puesto que somos hermanos vuestros é hijos de Dios.

«Durante la cruel hambre que hubo en Africa, nos encontrábamos en nuestro país abandonados de todo el mundo; el hambre causaba la muerte; nosotros comiamos yerbas como los animales. Los padres que tenian hijos les dejaban morir, porque no tenian con que alimentarles.

«Pero Dios se conmovió á la vista de estas cosas; y ved ahí que entonces el señor Arzobispo de Argel nos tomó entre sus manos como un águila sobre sus alas; nos dió pan, nos instruyó, y hemos llegado á ser cristianos; teniamos cerrados los ojos, y él nos los ha abierto por medio del bautismo; ahora vemos claro; ahora vemos que vosotros sois hermanos nuestros.

«¡Oh! La divina Providencia fué la que envió aquella cruel hambre para arrancarnos del infierno. Muertos estaríamos tal vez ya sin el padre que nos ha dado Dios.

«Nuestro padre, el de nuestro país, cuando ya no tenia mas alimentos que darnos, dijo:

«—Hijo mio: nada mas te puedo dar; puedes marcharte.

«Y ved ahí que el señor Arzobispo ha sido para con nosotros mas caritativo que nuestro padre. Pero ahora estamos tristes; la Francia es nuestra madre, y el señor Arzobispo nos ha dicho:

«—En Francia hay infortunios, y por este motivo no hay mas dinero para vosotros; quizás yo no pueda continuar conservándoos á mi lado y educándoos.

«Entonces hemos pensado en vosotros, porque vosotros sois seminaristas como nosotros; teneis á vuestros padres que pagan por vosotros; pero nosotros no tenemos mas que el señor Arzobispo. Aun cuando no fuese mas que un sueldo ó dos lo que diérais, con esto habria ya para un dia, porque nosotros somos árabes y kabilas, y no se necesita gran cosa para mantenernos. Basta un pedazo de pan y un plato de sopa.

«Queridos hermanos, nunca es tan grande la bolsa como el corazon. Si no podeis hacer tanto como vuestro corazon os inspira, os conjuramos á que rogueis por nosotros, á fin de que Dios nos dé el pan cotidiano, y nos haga á todos unos santos misioneros para ir á llevar la verdad cristiana á las demás partes del Africa.

«¡Oh! ¡cuán dichosos seréis cuando habréis conquistado almas para Jesucristo!

«Tambien nosotros esperamos con impaciencia poderlas conquistar. Sentimos que arde nuestro corazon, y si es preciso derramar nuestra sangre para conquistar una sola alma para Jesucristo, dispuestos estamos á ello si lo permite Dios.

«Sabemos ahora por nosotros mismos que los musulmanes profesan una falsa religion. A veces vienen algunos pobres árabes á pedir limosna, y al verles decimos en nuestro corazon:

«— Antes, cuando nos hallábamos en nuestras montañas, allá lejos, hemos sido como ellos súcios y malos, y ahora no lo somos ya; somos católicos por la gracia de Dios Salvador, y queremos convertir á nuestros hermanos.

«Pedid á Dios que nos haga perseverar en la gracia de nuestro bautismo y de nuestra primera Comunión y que jamás caigamos en el pecado. Tambien nosotros acudiremos en vuestro auxilio, no con limosnas, pero sí con oraciones; rogarémos por la Francia, á fin de que Dios la bendiga, volviéndola gloriosa como lo era antes. Y sobre todo rogarémos por vosotros, á fin de que Dios os bendiga tambien; y esperamos que cuando vuestra alma dejará su cuerpo, con la oracion de los huerfanos árabes, no habrá necesidad de juzgaros.

«Para que nos conozcais os enviamos nuestros retratos; quisiéramos enseñaros nuestro corazon para haceros saber cuánto os amamos.

«Adios, nuestros queridos hermanos: á todos os abrazamos por los dulces Corazones de Jesús y de María.»

(Siguen sesenta y cuatro firmas).

GRACIAS

que se piden á santa Teresa de Jesús, y se recomiendan á las oraciones de sus devotos.

- La conservacion y libertad de nuestro santísimo Padre Pio IX.
- La paz de España y el triunfo de la Iglesia.
- La conversion de un jóven sumido en el mas hediondo de los vicios.
- La proteccion del cielo sobre las atribuladas Carmelitas de España.
- Aumento de fervor en todas las almas buenas.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO
Y POBRE.

	<i>Suma anterior.</i>	Rs. 1,842'50
Un exclaustro:	Dios conceda al santísimo Padre Pio IX plena libertad en el ejercicio de su sagrado ministerio.. . . .	20
Una comunidad.	20
Un exclaustro.	20
Un pobre sacerdote para que Teresa de Jesús alcance paz al mundo y dias de santa alegría á nuestra desventurada España.	40
<i>Benloc.</i> — Viva Pio IX! un sacerdote.. . . .		20
<i>Lucena de Aranda.</i> —Manuel Villalonga, Pbro.: Santa Teresa de Jesús, haz que nuestras súplicas alcancen libertad para nuestro Pio IX y la unidad católica para nuestra España.		5
	<i>Suma.</i>	Rs. 1,967'50

(*Sigue abierta la suscripcion.*)